

najes, siempre había notado «que le faltaba algo»; que él se consideraba escritor puro y nunca orador, aunque admiraba extraordinariamente a los grandes oradores políticos.

Pero hay otro detalle, «confesión de parte», en el libro más autobiográfico y sentido de Azorín, *Las confesiones de un pequeño filósofo*. Cuenta de su infancia que mientras los otros chicos se iban corriendo de la escuela para sus casas, nada más terminar las horas de clase, él se quedaba allí con el maestro que lo llevaba al comedor donde «abría yo la cartilla y durante una hora este maestro me hacía deletrear con una insistencia *bárbara*» (este subrayado es mío, no de Azorín). A continuación relata lo siguiente: «Yo siento aún su aliento de tabaco y percibo el rascar, a intervalos, de su bigote cerdoso. Deletreaba una página y me hacía volver atrás; volvíamos a avanzar, volvíamos a retroceder; se indignaba de mi estulticia; exclamaba a grandes voces ¡Qué no! ¡Qué no! Y al fin yo, rendido, anonadado, oprimido, rompía en un largo y amargo llanto... Y entonces él cesaba de hacerme deletrear y decía moviendo la cabeza: «Yo no sé lo que tiene este chico...» (*Ibid.*, III). «... todo el día había estado trafagando en la escuela a vueltas con la cartilla» (*Ibid.*, IV). «Hacerme deletrear», «todo el día», «a vueltas con la cartilla»..., son palabras que muestran el obsesionante dolor del recuerdo.

¿Por qué ese empecinamiento del maestro? Imagino que no sólo para que aprendiera a leer, sino para enseñarle a pronunciar, cosa que era difícilísima o imposible. ¿Por qué Azorín llegó a pensar que el maestro le creía estulto? ¿Solamente por su dificultad para pronunciar las palabras?

Líneas más adelante del mismo libro, se leen estas dolorosas y aleccionantes palabras: «Cuando hacéis con la violencia derramar lágrimas a un niño, ya habéis puesto en su espíritu la ira, la tristeza, la envidia, la venganza, la hipocresía» (*Ibid.*, VI). Ira, por la circunstancia; tristeza, por la carencia; envidia porque a los otros condiscípulos el maestro no los agredía; venganza para volcarla en el energúmeno que le maltrataba; y después, cuando se encontrara solo en casa, idear la estrategia hipócrita que debía planear para no seguir siendo vapuleado.

Yo me he permitido pensar que aquel maestro se volvía tarumba, sencillamente, porque al chico no le salían las pronunciaciones para componer las sílabas de la cartilla (c-a, ca; c-o, co; c-u, cu). No se concibe que un niño diera tanto que hacer con la cartilla como para tenerle que dar una hora más de clase que a los otros, ninguno de los cuales le debía superar en capacidad intelectual. Y esa memoria de la infancia la conservaba ardiente a los treinta años cuando escribió la obra citada, que salió a la luz a sus treinta y uno. Ya triunfante en la vida, recordaba las bárbaras regañinas que tanto le habían hecho llorar y volvía a sentir la tristeza, la ira, y hasta el deseo de venganza que aquello le había producido y seguía latente.

De esa pequeña laguna o rareza prosódica de Azorín, nadie, que yo sepa, se ha ocupado hasta ahora; ni siquiera la han citado. No comprendo cómo los varios miles de personas que hablaron con él y cuantos transcribieron sus conversaciones en periódicos, revistas y libros, a pesar de la alta talla intelectual que tenían, han silenciado ese mínimo defecto, o no lo han observado, ni investigado sus causas. No lo digo en sentido de crítica, líbreme Dios, porque a lo mejor se lo han callado como hice yo hasta ahora, por ese grado elemental de educación y de vergüenza que a quien descubre un rasgo aminorativo de un gran hombre le produce tenerlo que exponer.

En las páginas 18 a 21 de su magnífico y exhaustivo libro *Azorín íntegro* (Madrid,

1979, Biblioteca Nueva) hace Riopérez y Milá atinadas consideraciones acerca de la importancia enorme que los avatares de la infancia tienen para la conformación del hombre. Y si las alteraciones digestivas permiten encontrar explicación a algunas circunstancias político-sociales de la adultez y de la vejez de Azorín (cambios y enmascaramientos políticos), ¡cuánta más importancia no tendrán hechos dolorosos ocurridos en la infancia, que se recuerdan casi rencorosamente en la adultez, y cuyas repercusiones funcionales marcan toda una vida! ¿Podría negarse que aquellas lecciones del maestro, cartilla en mano, a solas con el niño, gritando y riñendo, pudieron contribuir a la gestación del Azorín íntegro, desde su rebeldía juvenil a su taciturnidad ulterior, desde su personalidad vital hasta su estilo literario?

Otros podrán aclarar estas cosas. Incluso, opino, respetando otros criterios posibles, que el asunto debería investigarse en los archivos de la palabra. Para señalar el fallo prosódico me basta con la propia conciencia de haberlo advertido y con el hecho de que lo habían notado antes también Marañón, Izquierdo y algunos amigos; pero me gustaría saber si otros lo señalaron antes. En cuanto a la causa patológica responsable puede que no sea difícil de aclarar por los biógrafos azorinianos más minuciosos.

Valle-Inclán

Ese tan fabuloso como fabulado don Ramón del Valle-Inclán, del que se ha conmemorado el quincuagésimo aniversario de su muerte, ha sido uno de los españoles contemporáneos que más dio que hablar en vida y más dio que escribir después de muerto. Yo confieso mi entusiasmo por él y por los recuerdos que de él conservo. La primera lectura que hice de *Romance de Lobos* fue el descubrimiento de un mundo nuevo en mi adolescencia. Y el momento preciso en que advertí, con asombro, que ser un artista de la prosa —y del verso— era tarea muy distinta del simple narrar. Más tarde tuve la fortuna, estudiante en Madrid, de sumarme diez a doce veces —no menos— a su tertulia de la Granja El Henar —patio del fondo, primera mesa a la izquierda—, y bastantes más en el Ateneo, donde le oíamos como abobados. En la primavera de 1932 fue presidente del Ateneo y Antonio de Obregón fue secretario tercero. Le acompañé una o dos veces con los tres o cuatro que solían hacerlo, hasta cerca de su casa en la calle del General Oráa; me despedía del grupo en la esquina de Don Ramón de la Cruz, en cuya calle yo vivía.

En aquel café de Madrid, la mesa que don Ramón regentaba atraía por la personalidad pública, algo excéntrica por su melena y su barba, del insuperable prosista y poeta, y por el goce que producía oírle hablar de todo lo humano y lo divino.

Todo el mundo sabía que ceceaba al hablar; invariablemente pronunciaba las eses en forma de cedas. Mas, por extraño que parezca, resultaba en él de una elegancia simpática que nadie podía tomar a broma. Sus frases, gracias a esa cualidad, se hacían más bellas, y se hacía más relevante la categoría de quien las pronunciaba. Todos cuantos en vida le oyeron hablar quedaron prendados. Sólo mentes proclives a una crítica insana podrían calificar peyorativamente ese vicio o defecto fonético.

Son incontables los testimonios de ese ceceo, y en alguno de los cientos de trabajos que sobre él se han escrito, el asunto se toca detenidamente. Uno de sus grandes admi-

radores, Ramón Gómez de la Serna, en la monografía que le dedicó y también en el capítulo sobre Valle-Inclán de sus *Recuerdos contemporáneos*, reproduce frases suyas poniendo la z en lugar de la s. Melchor Fernández Almagro habló del «irremediable ceceo» (*Insula*, 1961, n.º 176). Y nada menos que Juan Ramón Jiménez, en su bellísimo retrato de Valle reproduce estrofas de Rubén Darío y de Espronceda tal como las pronunciaba aquél: Dezcanzando, mientraz, zale, eztación...

... eztá la noche zerena,
de luceroz coronada.

Y de *El Estudiante de Salamanca*:

Viendo debajo de él, sobre él enhieztos
hombrez, mujerez, todoz confundidoz
con zandia pena, con alegrez gesto...

Y termina hablando de su «ceceante sonrisa».

Yo tengo la convicción de que el ceceo contribuyó mucho a aumentar el número de los votos a su favor en las elecciones para la antes citada presidencia; era como si, al cecear, las palabras adquirieran mayor peso específico y se otorgara mayor énfasis a la expresión del pensamiento; muchos de los que relatan anécdotas de Valle-Inclán —ciertas, deformadas o falsas—, lo reproducen para dar más enjundia o verosimilitud a las oraciones valleinclinascas.

Por todo ello me sorprendió la afirmación que hace Francisco Umbral (*Trilogía de Madrid, Memorias*, Madrid, 1984, p. 14), uno de los escritores a quienes más admiro en la actual constelación literaria de España, de que Valle-Inclán no ceceaba. No sé si lo ha escrito también en su libro sobre Valle-Inclán que, desgraciadamente, no he podido lograr. Su frase es ésta: («Es falso que don Ramón cecease; yo le he hecho algunas entrevistas a más de ésta que cuento y no ceceaba nunca: su ceceo ha quedado como la homosexualidad de Sócrates, en una hipótesis de trabajo para los que no quieren trabajar en serio»).

Claro que esa frase corresponde a una de las «industrias de las entrevistas inventadas» por Umbral que, según dice, «iban funcionando». En otro lugar comenta: «cuando le ví o le inventé en la cacharrería del Ateneo...»; comentario que ratifica el hecho de que sus conversaciones con Valle-Inclán fueron ilusionistas, como es casi de rigor dadas las edades de ambos. En todo caso, Umbral inventa de modo parecido a como tantas veces hiciera el mismo Valle-Inclán.

Ahora bien, el hecho de que Umbral encierre entre paréntesis la frase, como excluyéndola del texto restante del capítulo, mueve al lector a pensar que lo que dice sea cierto. Y esto conviene contrarrestarlo, porque, pasados tantos años desde la muerte de Valle-Inclán, podría suceder que los lectores de Umbral creyeran sus palabras, olvidando así una de las características más llamativas del personaje, que formaba parte de su humana manera de ser. A alguien he oído decir que Valle-Inclán no ceceaba, «pues así lo dice Umbral».

Al propósito que hoy me mueve, viene a sumarse algo que con relativa frecuencia ocurre a los que cecean: que, al escribir, cometen faltas de ortografía del mismo tipo.

Yo tengo cartas de un colega y amigo, inteligente y culto, que pecaba del mismo defecto y escribía algunos vocablos con idéntico error: zombras, pasientes, y casoletas...

En el libro *Publicaciones periodísticas de don Ramón del Valle-Inclán antes de 1885* (El Colegio de México, 1952), Fichter recoge los primeros artículos por el autor publicados en periódicos y revistas mexicanos y españoles en ese período de tiempo, y anota, a pie de página, algunas de las faltas existentes en los textos manuscritos de Valle-Inclán, advirtiendo que éstas se registran en las grafías del autor y no del cajista. He pensado que quizá por eso su esposa, según leí, le corregía algunos originales. Entre esos errores destacan algunos ceceos escritos que voy a reproducir y que no tienen relación alguna con otras faltas de los mismos trabajos.

Escribe Valle-Inclán en un lugar «sobre un has» en lugar de sobre un haz; en otro «hírzutos», en vez de hirsutos; en una de las *Cartas Galicianas*, escribe «anyoransas». Más adelante, sombrero «calañez», y no calañés; con «tezon» y no con tesón; «piesesillos», y no piececillos; «comenzal» por comensal; y por último, al querer decir asaz lengua, don Ramón manuscibe «asás». Tales faltas no pueden considerarse como faltas de ortografía, sino como instintivas adaptaciones prosódico-caligráficas.

El no saber o no poder pronunciar la s, letra de articulación lingual-predorsal, con expulsión dento-alveolar del aire (la lengua convexa contra los incisivos superiores), puede ser debido a un vicio adquirido durante el aprendizaje verbal de la infancia, pero también a alguna alteración neurológica consecutiva a cualquier enfermedad de esa edad. No sé cual pueda ser el caso de Valle-Inclán. Por otra parte, esa falla prosódica no es opuesta al seseo de los andaluces, de los canarios y de muchos hispanoamericanos, en los que constituye una especificidad del lenguaje colectivo, pues corresponde más a una indiferenciación fonológica entre la z y la s. Y la prueba de ello está en que Valle-Inclán, al correr del tiempo creo que nunca más confundió ambas letras al escribir.

Más de una vez me he preguntado cómo se las habría arreglado Valle-Inclán en su breve época de actor teatral, pues no es lo mismo hablar en familia, o en una tertulia, o en la lectura de una obra teatral (como la que hizo en el Ateneo de Madrid, en 1913, de *El embrujado*, con gran escándalo público) que declamar todo un papel argumental; sospecho que por eso, y no por otra cosa, haya dejado de serlo. Hubiera sido tristísimo para la historia de la literatura española que por su afición a las tablas se hubieran frustrado las obras posteriores del autor.

Insisto en que su ceceo era maravilloso; el recuerdo de quienes le oyeron recitar, como Juan Ramón Jiménez, confirma que tal falla era parte integrante de su arte. Yo no me hubiera ocupado del valleinclanesco ceceo si pensara que su remembranza pudiera ocasionar algún desdoro para tan idolatrado ser. Solamente menciono el hecho porque podrían ponerlo en duda los muchos lectores que Umbral tiene, sobre todo los jóvenes.

Francisco Vega Díaz